

dosio en una retirada; pero en las guerras de los bizantinos contra las tribus indígenas sublevadas adoptaron éstas varias veces la figura circular ó cuadrangular en sus campos defensivos al resguardo de espesas filas de camellos; y finalmente, para la batalla junto á Tremecen estableció Abd-el-Mumen sus fuerzas con rara habilidad en un gran cuadro que le proporcionaba fortaleza en la defensiva y facilidad en tomar la ofensiva. En tiempos más modernos se reconoció tambien como ventajosa la misma ordenacion, cuando teniendo inferioridad se temia ser envueltos ó arrollados por una caballería muy superior, segun acontecia en las guerras de Oriente y de Africa; y por eso Maquiavelo describe y explica un procedimiento semejante contra los turcos, constituyendo el ejército en un gran cuadro, de cuadros separados y dispuestos oportunamente, á fin de presentar igual fuerza por los cuatro lados, y distribuida la caballería y artillería del modo más conveniente, y de él lo tomó, como casi todo su libro, el escritor castellano D. Diego de Salazar en el que tituló *De Re Militari*, impreso en el siglo xvi.

La bondad táctica de los cuadros, siempre que se cuenta con una sólida infantería y con oficiales serenos é inteligentes, se ha demostrado suprema cuando el enemigo consiste en caballería, principalmente si es irregular como la de los árabes y marroquíes, lo mismo en batallas como en la de las Pirámides en Egipto por Napoleon I y la de Isly en la frontera de Marruecos por el general Bugeaud, que en multitud de acciones parciales ó encuentros de corta fuerza. Y siendo estos últimos casos muy dignos de aprecio y merecedores de estudio, por cuanto en una guerra prolongada ó de ocupacion pueden ser frecuentes, no se juzgará fuera de lugar la cita de algunos de los ocurridos en las recientes campañas de los franceses en Africa.

En la retirada de Constantina, año 1836, cubriendo la retaguardia un batallon del segundo regimiento ligero,

tuvo que formar cuadro, y en ese orden se sostuvo y rechazó durante la jornada á la numerosa caballería árabe que le acosó con todo vigor: el valor y sangre fria de su jefe (despues general Changarnier), que supo comunicar á los soldados, le sacó con grande honor del peligro; y se cuenta que para inspirarles confianza les dijo en alta voz: «Ahí los teneis, amigos, cara á cara; son por »lo ménos seis mil y vosotros trescientos; bien veis, pues, »que la partida es igual.»

En 1835, despues del desastre que experimentó una columna en el rio Macta, agrupáronse muchos de los fugitivos, formando un cuadro irregular; y en esta disposicion, haciendo alto para romper el fuego cada vez que se acercaban los ginetes árabes, pudieron marchar hasta Arcen, donde se incorporaron á la division.

En 20 de Mayo de 1840 fué acometido un regimiento por la caballería de Abd-el-Kader con furiosas cargas; pero conservando imperturbable tranquilidad de ánimo su coronel *Bedeau*, aunque herido en el rostro, resistió rechazándolas hasta la llegada de otras fuerzas que permitieron continuar la marcha.

En varias ocasiones se ha verificado que alguna fuerza de caballería francesa, rodeada de muy superior número de la contraria, echó pié á tierra, y encerrándose en un cuadro detrás de sus propios caballos, se defendió bizarramente con el fuego de los fusiles y carabinas de que iba armada hasta ser socorrida ó ver retirarse al enemigo.

Pero esos buenos ejemplos suponen las condiciones á que ántes se aludió, de valor sereno, de instruccion, disciplina y espíritu en las tropas, pues que al propio tiempo se enumeran incidentes como los de haber deshecho trescientos cazadores á caballo mandados por *Bourjolly* los cuadros que formó la infantería de Abd-el-Kader en el combate del 31 de Diciembre de 1839; y cerca de Setif el

1.º de Setiembre de 1840, fueron igualmente destrozados los que formó el hermano del emir, El-Hadj-Mustafá, por los escuadrones que conducia el coronel *Mr. de Bourgon*.

Demostrado en episodios modernos lo que tenemos repetido sobre el carácter permanente que ofrecen, en general, las guerras de Africa, así como la exactitud con que fueron descritos los indígenas desde la antigüedad hasta nuestros días; y visto el acuerdo de los consejos militares dados en diferentes épocas históricas para resistirlos ó someterlos, debemos ahora llamar la atención acerca de la notable diferencia que existe entre las operaciones cuyo teatro sea la region del *Tell*, que es la zona del país cultivable comprendida por las montañas, sus derivaciones y valles hasta el mar, y las que hayan de ejecutarse en las altas mesetas ó planicies, en la region del Sahara, apellidada por los soldados franceses como por los árabes *el país de la sed*, al Sur de la cadena principal atlántica, ó en los dilatados territorios que desde el litoral presentan la Regencia de Trípoli y la banda S. E. del imperio de Marruecos, donde por natural consecuencia de las condiciones del suelo se separan mucho más de las reglas y prácticas universalmente aceptadas en los países cultivados y poblados.

Las jornadas de Metelo y Mário á Thala y Capsa, de que se dió cuenta en el capítulo II, suministran algunas indicaciones de detalles importantes; pero las verificadas por los franceses en sus campañas de la Argelia han venido á completar un caudal de experiencia indispensable para que semejantes operaciones puedan prepararse y conducirse. La carencia de toda especie de recursos, empezando por el agua, el forraje, el combustible, y la lejanía á que se pondrán las columnas de los depósitos, piden la organizacion de grandes convoyes, pues á medida que sean mayores las fuerzas y que se prolongue la duracion de la campaña, han de crecer y multiplicarse los

embarazos; por eso la composición de los convoyes de bestias de carga viene á ser en Africa, aun más principalmente en la region del Sahara, un asunto difícil y de supremo interés. Es el camello por sus cualidades y por las del suelo, como por su abundancia en el país, el elemento que mejor puede utilizarse, pero necesita ser tratado y guiado de un modo que solo por costumbre conocen los indígenas. Los franceses han experimentado sus beneficios y las dificultades de entregarlos á soldados para constituir brigadas de transporte reglamentadas; y el pensamiento de que sirvieran tambien para organizar una especie de infantería montada, que ya tuvieron en Egipto al comenzar el presente siglo, no llegó nunca á plantearse, ni se juzga hoy conveniente el intento, sin perjuicio de que en ocasiones dadas se valgan de tal recurso para ejecutar con corta fuerza una larga y rápida marcha.

A esta gravísima atención de los convoyes, como á la de las penalidades y hasta á la nostalgia de que se verán amenazadas las tropas en aquella region seca, hay que añadir y tener muy en cuenta la que se deriva del objetivo que lleva la empresa, que suele ser vago é indeterminado cual los horizontes del Desierto. Si solo consistiera en el propósito de caer sobre uno de los oasis habitados, todo quedaria reducido al cálculo de una larga marcha, contar, al llegar á él, con los elementos necesarios para vencer la resistencia que oponga, y á la seguridad de que nada falte tampoco para el regreso; mas si fuere la persecucion de bandas enemigas ó de tribus nómadas rebeldes, complícase el asunto, porque lo uniforme y extensísimo del territorio donde se moverán sin obstáculos, en libertad absoluta, con mejor conocimiento de él y ménos necesidades que satisfacer, vendrá á hacer casi infructuosas las fatigas que se impongan á las columnas.

En el relato de una de estas expediciones francesas á que antes nos referimos, encontramos sobre el particular

el siguiente instructivo párrafo que dá amplia luz: « Hay » algo de temeridad en hablar de plan de campaña en el » Sahara..... La extremada movilidad de las bandas que » en él se persigan, imposibilita prever dónde se estará al » otro día. La guerra en el Sur no se puede, pues, hacer » más que día por día y por improvisaciones. Admitimos » que un general adopte un objetivo ó direccion general, » pero será muy raro que llegue directamente sin haberse » visto obligado repetidas veces á salir de ella. No es por » las armas como se ha de vencer en el Sahara; se alcanza » con mayor seguridad un resultado cerrando á los rebel- » des el acceso á su país; la miseria les pondrá pronto á » merced del general que no haya estenuado sus tropas y » caballos en la persecucion de un enemigo que nunca le » vendrá á mano , y que permanezca paciente en la situa- » cion que mejor satisfaga á la idea adoptada de ponerlo » en la alternativa de someterse ó morir de hambre y sed » ellos y sus ganados.»

La salubridad de los ejércitos en campaña, sobre todo siendo invasores en países como el Africa, es un cuidado de primordial interés, no solo por la razon de las exigencias, cada dia mayores, de las costumbres en los pueblos cultos, sino porque desgraciadamente suele acompañarles ó se desarrolla en pos de ellos alguna epidemia que, diezmando sus filas en pocos dias, paraliza las operaciones tal vez en el momento crítico y atrae dificultades imprevistas. Es verdad que cuentan hoy las potencias militares con recursos facultativos y de material, desconocidos antes, para la asistencia y conduccion de los enfermos; mas esto no obstante, siempre deberá consagrarse esmerado estudio á preservar al soldado de cuanto sea perjudicial á su salud hasta donde sea posible.

« Ningun escritor de la antigüedad (dice *Mr. Delacroix*) » en sus relatos de las expediciones militares de que el » Africa fué teatro muchas veces, señala las enfermedades

» como causa de debilitarse los ejércitos romanos; ni en
 » la guerra de Yugurta por Salustio; ni en la de César con
 » los restos del partido de Pompeyo por Hircio; ni en los
 » pasajes de Tácito relativos á las insurrecciones sucesivas
 » de Tacfarinas; ni en los detalles dados por Anniano Mar-
 » celino sobre la campaña de Teodosio en la Kabilia; ni
 » en el poema de Claudiano sobre la sublevacion de Gil-
 » don; ni en la obra de Procópio sobre la guerra de los
 » vándalos, y ni en el capítulo consagrado por Cresconius
 » Corippus á las victorias de Juan. Solamente se lee en la
 » narracion de Appiano, al tratar de un principio de guerra
 » civil que se movió en territorio de Cartago durante las
 » luchas de César, que un cuerpo de tropas fué diezclado
 » por enfermedades cerca de la ciudad de Útica, cuyo de-
 » sastre lo atribuye el autor griego al envenenamiento de
 » las aguas de un rio, aunque evidentemente seria efecto
 » de la influencia del clima ó producido por los miasmas
 » de los grandes pantanos que los romanos tuvieron que
 » atravesar.» Extraño es, en efecto, que no se encuentren
 citados otros indicios de insalubridad en los ejércitos que
 concurrieron á tantas campañas, pues parece inconcebible
 que ni la disentería ni la nostalgia, que serian entonces
 como ahora propias del país, causasen daño alguno en las
 legiones, y que tampoco se repitiera el caso de que habla
 Polibio en la guerra de Masinisa con los cartagineses, de
 haber padecido mucho los soldados de Asdrúbal de la peste
 durante los calores del estío.

Parece indudable que con las invasiones de los árabes
 se importaron en el Norte de Africa aquellos gérmenes
 de epidemias asiáticas que en los siglos siguientes asola-
 ron muchas veces sus comarcas y aún la Europa, cebán-
 dose con preferencia en los ejércitos; y por eso hablan
 con frecuencia las crónicas de sus estragos, segun se ha
 visto en la expedicion de San Luis á Túnez; de la cual,
 á pesar de haber casi desaparecido la horrible peste del

bubon, queda harto que temer con la del *cólera morbo*, que en lo que vá de siglo se ha presentado á menudo, castigando cruelmente en la Argelia á las tropas francesas y á las españolas en su última campaña sobre Céuta y Tetuan.

Ligando el estudio de la gestion sanitaria, el de las estaciones más ventajosas para las operaciones de los ejércitos, con mayor razon en Africa que en otras partes, debe ser útil conocer lo que una costosa experiencia de campañas modernas, añadida á los datos de la historia, enseña y aconseja.

Desde Marzo á Octubre reina en general tiempo seco que permite ejecutar los movimientos á todas las armas: en Noviembre empiezan las grandes lluvias, que se hacen á veces continuas y torrenciales, con fuertes vientos y tempestades, y dura el mal tiempo hasta Abril, bien que con claros ó interrupciones engañosas. Los terrenos llanos ó poco accidentados y las laderas descubiertas se ponen entonces intransitables, y las marchas se hacen por consiguiente muy penosas para la infantería, el ganado, la artillería y los convoyes; dificultase el aprovisionamiento; los campamentos se hacen mortíferos por la humedad, y se deterioran ó pierden en el fango municiones y vituallas. En las montañas y en las altas planicies cae la nieve y se sienten los horrores del frio como en Europa en lo crudo del invierno; al paso que al llegar el verano, los grandes calores que se experimentan en las playas, en las llanuras, en los valles y sobre todo en la region del Sahara, obligan á suspender las operaciones; dividiéndose por lo tanto en dos partes los ocho meses propicios cuando la urgencia no obliga á arrostrar los mayores sufrimientos, á fin de evitar las marchas durante la canícula.

A no conocerse bien todavía las condiciones climatológicas al internarse en el país, y á la excesiva confianza

en la superioridad de recursos é inteligencia militar, debió en Noviembre de 1836 el mariscal Clauzel el desgraciado éxito de su expedicion á Constantina, justificándose por ese y otros muchos casos la verdad con que está admitido, segun se consignó en el capítulo III entre las reflexiones sobre la campaña de César, que *en Africa, vencer al clima y á la naturaleza del suelo, es casi triunfar del enemigo.*

Necesitándose para la ocupacion y dominacion del territorio, cuando ya el enemigo no presenta grandes masas, dividir el ejército en cuerpos ó columnas que operen separadamente, deben sus jefes llevar entre las demás instrucciones que se les dén, la de mirar con esquisito cuidado por la salubridad de la tropa. A ese fin, el inteligente mariscal duque de Isly les advertia en una orden circular que dictó en 1848 contra la costumbre que habia observado tenian de escoger para acampar las orillas de los arroyos ó corrientes de agua, y de consiguiente lugares bajos, áun con el loable propósito de evitar fatiga al soldado al ir á buscar el agua, y proporcionarle sombra con las adelfas y otros altos arbustos que de ordinario les bordean, y se expresaba así:

«La experiencia ha demostrado que este sistema de
 »acampar produce crecido número de enfermos. Los sitios
 »hondos escasean de aire durante el dia, y la temperatura
 »alcanza muchos grados de más calor que en las alturas
 »ó ribazos vecinos, mientras que en la noche hace mayor
 »frio y sobre todo muy sensible humedad. Una sola noche
 »pasada en paraje hondo junto á una corriente de agua,
 »basta algunas veces para ocasionar cien enfermos en un
 »efectivo de tres mil hombres. Así se comprende con cuan-
 »ta rapidez se fundiría la fuerza de una columna, si se re-
 »pitiera á menudo durante una expedicion tal manera de
 »acampar. Recomiendo, pues, á todos los comandantes de
 »columna *que escojan siempre para situar sus campos las al-
 »turas ó ribazos, cuando el terreno lo permita; y que no se*

»concreten á establecerlos formando un cuadro regular,
 »pues *con tal que se pueda guardar bien la posicion elegida,*
 »*importa poco la figura poligonal que se dé al campamento,*
 »*si se halla en lugar saludable.* Vale infinitamente más que
 »se imponga alguna fatiga mecánica á los soldados para
 »ir por agua y llevar los caballos al abrevadero: la salu-
 »bridad de la tropa padecerá por eso mucho ménos que
 »estableciéndola en puntos sometidos á influencias mortí-
 »feras.»

El establecimiento de puestos fuertes y campos atrincherados, eventuales ó permanentes, que demanda la ocupacion del país para asegurar comunicaciones, dominar el territorio y almacenar bastimentos de que puedan proveerse las columnas móviles, exige tambien se tenga presente el elegir los parajes oportunos, que reunan circunstancias higiénicas al propio tiempo que militares, y que la fuerza que se les asigne, sus trazados, las obras, construcciones y abrigos que contengan, sean objeto de meditado estudio. A los franceses les han servido algunas veces los mismos de los romanos, visibles todavía en muchas partes, así como las calzadas que con gran inteligencia construyeron; mas llevados por apremiantes atenciones, llegaron á multiplicarlos con exceso, quedando, por consiguiente, muy reducido el efectivo disponible para operar; lo cual obligó á que el citado mariscal duque de Isly los redujera á los precisos ó que consideró indispensables, dando con ese motivo á los comandantes de ellos, como precepto que habian de observar, que *jamás hicieran salidas;* y á los jefes de columna les previno que *«siendo dueños de sus acciones no combatiesen nunca sin llevar un objeto útil y razonable, y que aún en este caso debian contar con probabilidades de buen éxito.»*

Otra de las mejores lecciones que se derivan de la acumulacion de datos históricos presentados, concierne á las expediciones marítimas dirigidas á Africa, mayormente

te si á la importancia que tienen siempre esa clase de armamentos, se une la de que sean tal vez el principio de dilatada guerra ó de complicados sucesos; por lo cual merecen se fije bien en ellas la atencion de quien las disponga tanto ó más que de los llamados á conducir las.

Muchos de los acontecimientos referidos demuestran el privilegiado interés que debe dedicarse á semejantes empresas, para cuyo éxito, además del acierto en la composicion militar y de los recursos de fuerza y material, hay que contar con la direccion facultativa y marinera, entrando principalmente en ésta el elegir la estacion adecuada á fin de evitar el peligro de los temporales en unas costas desabrigadas.

Desde que empieza el mes de Octubre hasta el de Marzo es cuando las escuadras corren mayores riesgos sobre el litoral africano, y cuando á los marineros se exigirá toda prevision, cuidado y destreza; y por eso antes de generalizarse la navegacion á vapor, aconsejaban los más prácticos pilotos que se escusara durante aquellos meses cualquiera expedicion formal á Berbería. Es cierto que han disminuido los azares por efecto de la rapidéz, facilidad de maniobra y condiciones de los buques movidos por la fuerza del vapor; pero aún subsisten bastantes contingencias de mar para que, siendo posible, se pueda escoger la época que los experimentados conceptúen más favorable. El olvido ó menosprecio de esos avisos marineros ocasionó desastres como el de la armada del emperador Carlos V delante de Argel en 1541, y como el de la flota que en 1562 estaba en la bahía de la Herradura, cerca de Almuñécar, preparada para socorrer la plaza de Orán.

Del tino en elegir un paraje cómodo y ventajoso para desembarcar las tropas, material y víveres; de la prontitud y órden con que tan importante operacion se ejecute y del establecimiento instantáneo de un campo atrincherado que afiance la seguridad de poderla terminar y que

sirva de base á los ulteriores, dependerá en gran manera el curso y áun el éxito de la campaña, pues sabido es que *en la guerra el principio suele ser presagio del fin*. Por eso en un sensato informe de D. García de Toledo al rey Felipe II con motivo de la expedicion contra Argel que se proyectaba el año 1572, le decia que al desembarcar, «aunque solo hubiera de estarse un dia, *conviene tomar luego la pala y la azada para fortificar el alojamiento, que quien hiciere esto en Berbería se asegura de grandes inconvenientes, y dará gran satisfaccion y descanso á sus propios soldados*. Excelentes ejemplos que así lo acreditan, nos legaron los antiguos, no siempre imitados despues en cuanto á esos particulares se refiere, siendo dignos de estudio los de los romanos en las guerras púnicas y el de Belisario en su expedicion contra los vándalos.» En la época moderna pueden citarse tambien como expediciones perfectamente dispuestas y ejecutadas, la del conde de Montemar para la reconquista de Orán en 1732 y la del general conde de Bourmont contra Argel en 1830. Y por el contrario la del conde de O'Reilly á esa misma plaza en el año de 1775, aunque preparada con acierto, se frustró más que por la eleccion del lugar del desembarco, por la deplorable direccion militar que presidió en él y en el empleo de las tropas sobre la playa.

CONSIDERACIONES FINALES

MILITARES Y POLÍTICAS, RESPECTO Á LAS EMPRESAS DE ÁFRICA.

Concluido el cotejo y deducciones doctrinales ofrecidas, huyendo de prolongarlo con difusos comentarios dogmáticos, tampoco queremos discurrir sobre la influen-

cia que puedan aportar á la clase de guerra á que se contrae nuestro estudio, los recientes adelantos ó perfeccionamientos de la fortificacion, la artillería y los fusiles adoptados para la infantería en todos los ejércitos; pues reconociendo que han ocasionado notables alteraciones tácticas y, por consiguiente, en el modo de empeñarse y decidirse los combates ó las batallas, en nada quebrantan lo esencial de los principios universales del arte, en nada contradicen los resultados de la experiencia, y mucho ménos afectan á los extremos tocados en este exámen bajo el punto de vista de generalidad ó conjunto en que al empezar nos colocamos. Salvando otros muchos tránsitos semejantes, y áun más violentos, ha venido marchando el ejercicio militar desde remotos siglos, y á través de ellos la historia demuestra la verdad y permanente existencia de ciertas máximas fundamentales de guerra que alcanzan al órden moral y al material de los ejércitos, y que subsisten y subsistirán siempre en la tierra, cualquiera que sean las armas, los artefactos y medios de que los hombres se valgan.

En las guerras sucintamente dadas á conocer se encuentran ejemplos de casi todas las operaciones posibles, como ya tenemos dicho y conviene repetir: al lado de grandes victorias se registraron catástrofes, y al de hábiles campañas otras con torpeza dirigidas; y así en éstas como en aquellas se aprende cuán difícil y accidentado es el mando de los ejércitos, cuán azaroso y complicado el conducir la guerra, y qué consecuencias tan funestas traen los errores, la ofuscacion, el desórden y la indisciplina. Pero dejando ahora de lado lo que exclusivamente á la práctica militar se refiere, quisiéramos antes de concluir nuestro modesto trabajo, disertar algo más sobre lo que enseñan los orígenes, progreso, asiento y ruina de las diversas dominaciones de Africa, esto es, sobre la leccion moral resultante del sentido político que informó tantas

empresas, revueltas, victorias y desastres, asunto que se prestaría á ser tratado extensa y filosóficamente, si fuera de nuestra competencia; pero que mirándolo como terreno vedado y sin poder traspasar sus linderos, solo nos permitimos llamar la atencion hácia dos consideraciones que creemos entrañan todo el interés de la materia, á saber: la concerniente al modo de iniciarse las conquistas, y lo que atañe á que se consoliden ó á que se pierdan.

Lo que se llama razon de Estado, la satisfaccion de agravios, los intereses ó la conveniencia pública, originan al presente, como en lo antiguo, alianzas, rompimientos, expediciones y conquistas. que, cuando son en Africa, se hacen más costosas y duraderas de lo que se pensó al decidir las. Por la falta de prevision ó de estudio preliminar, por no saberse con fijeza lo que se proponian y hasta donde iba á llevarse la accion de las armas, fracasaron muchas empresas, costaron más tiempo, trabajos y sangre las adquisiciones, ó vinieron á ser insostenibles despues de nobles esfuerzos y mayores sacrificios. Es, por lo tanto, evidente, y á gran costa lo experimentó España en Berbería, que no solo por el bajo concepto militar del enemigo que allí se ofrece, ni guiados por halagadora ilusion de fáciles conquistas territoriales, y ménos alimentando marcial estímulo con recuerdos de gloria, al paso que parece se olvidan las catástrofes que á veces produjeron esas aspiraciones, deben pensarse y resolverse contiendas tan sérias y trascendentales. El acometerlas, el empezarlas no es cosa difícil, mas la cuestion está en conocer adonde y hasta dónde se llevarán; si se cuenta con los medios y recursos que exigirán sus contingencias futuras, y tener la seguridad de poder afrontar las complicaciones que surjan. Por eso se requiere detenido estudio, profunda meditacion y preparacion muy anticipada, para resolver una empresa formal sin que asalte el temor de tardío arrepentimiento.

Mezquina gloria daria hoy á cualquiera potencia euro-

pea el ocupar y establecerse en algun punto del litoral de Marruecos, por los elementos militares y marítimos de que todas disponen; pero ¿qué buscaria allí y á qué la conduciria despues su posesion? El cumplimiento de los tratados, las transacciones del comercio é industria, las miras políticas de propaganda é influencia para intimar con los naturales, se dificultarian más desde el momento por su fanática ojeriza, entonces excitada, ante la nulidad del gobierno en un país cuyo estado social es el primer obstáculo que encuentra el orden y la paz interior. Por eso no son aplicables exactamente en aquel pueblo, ni causan estado como entre las naciones cultas, los principios y las prácticas internacionales por todas reconocidas ó aceptadas; puede servir de apoyo al aserto lo que se cuenta dijo un emperador al enviado del rey de Francia, cuando despues de preguntarle lo que le habria costado á su soberano la reciente expedicion y bombardeo de Tánger por una escuadra, le añadió tranquilamente: «Si me »hubiese el rey ofrecido la mitad de esa suma, yo mismo »hubiera destruido la ciudad mejor que sus navíos, y »ambos hubiéramos ganado.» Del aislamiento, de la hostilidad y de los gastos de guarnicion, material de guerra y obras defensivas que exigiria la nueva posesion desde el primer instante sin vislumbrarse cuándo y cómo empezarian las compensaciones, surgiria pronto este fatal dilema africano: *ó el abandono ó la extension indefinida del dominio, si no se quisiera conservar á perpetuidad semejante adquisicion.*

En efecto; el sostener á todo trance indefinidamente un establecimiento reducido á la estrechez de su recinto amurallado, solo puede explicarse y justificarse por la importancia especial de una situacion y de posicion de localidad, como sucede en la plaza de Céuta; y lo que enseña la historia en las edades pasadas y en la moderna hasta el dia, afirma lo que se acaba de sentar: ó hubo que

desistir ó fué preciso dar ensanche á la posesion; y como al hacerse esto último se encontró en los nuevos límites la misma hostilidad y mayores atenciones, siguió el extenderse más y más, hasta decidir al fin la conquista de dilatado país ó la renuncia de todo empeño como preferible á la continuacion de una guerra interminable, cansada, sin estímulos ni esperanzas de efectivo provecho.

Cuando despues de la reconquista de Granada surgió, ó mejor dicho, se realizó por los Reyes Católicos el pensamiento que ya tuvieron otros de sus antecesores, y que ya venia planteado por los de Aragon y Portugal, de llevar la guerra al Africa, prosiguiendo al otro lado del mar la querrela concluida en España contra los mahometanos, la idea fué natural y propia de los estímulos de fé y de gloriosa ambicion nacional que entonces se desarrolló; y el éxito feliz que tuvieron las primeras expediciones, pareció indicar sucesivas venturas, hasta el punto de creerse por muchos se tenia ya asegurado el dominio de toda el Africa.

Por eso el dicho de que *el porvenir de España estaba en Africa*, que se atribuye al cardenal Cisneros despues de su expedicion á Orán, y que con frecuencia se suele en estos tiempos recordar por algunos, afanosos de gloria, lo mismo que la cláusula testamentaria de la gran reina Isabel: *E que no cesen de la conquista de Africa, é de punar por la fé contra los infieles*, frases ambas muy dignas entonces de tan esclarecida señora y de tan egregio ministro; pero es más de citar, y se suele omitir, la cláusula del testamento de D. Fernando el Católico, que decia á su nieto Carlos V pocos años despues, en Enero de 1516: *E así tenga muy gran zelo en la destruicion de la secta mahometana y en quanto buenamente pudiere trabaje en hacer guerra á los moros con que no la haga en destruicion y grande daño de sus súbditos y vasallos*; sábias y prudentísimas palabras que dictó despues que pasado el calor de las pri-

meras ilusiones y experimentado sus armas algun revés como el de la isla de Gelves, adquirió convencimiento de que la empresa era larga y costosa, y que podia en ello perjudicarse gravemente al Estado, como así, en efecto, sucedió en adelante para acreditar más su prevision y buen consejo.

Una ligerísima mirada sobre este asunto se hace aquí indispensable.

En el trascurso de cuatro siglos lucharon en Africa españoles y portugueses, llegando á adquirir en su extensísimo litoral una cadena de fortalezas, eslabonadas desde la costa de la antigua Cirenáica en el mar Mediterráneo hasta el extremo meridional de la Mauritania tingitana en la del Atlántico, con la que parecia intentaban apresar todo el continente; y sin embargo, ningun dominio efectivo pudieron asegurar en la zona cercana interior, y ni siquiera lograron el fin más apremiante que se buscaba de concluir con la piratería berberisca y con los horrores del cautiverio en que gemian muchos millares de cristianos. Larga série de expediciones, sitios y reñidos combates en mar y tierra, unas veces afortunados, otras desastrosos, pero siempre costosísimos de sangre y de tesoros, patentizó la imposibilidad del sometimiento de aquella raza de gentes, y originó que muchos hombres importantes opinasen porque se abandonaran los puntos recién adquiridos; ocasionando esto variedad de pareceres, reconocimientos é informes en pró ó en contra de la conservacion; y sin decidir el cambio de sistema, se aceptó parcialmente el desprenderse de algunas plazas y se continuó en el error de mantener y aún de ocupar otras separadas, en vez de limitarse á localizar los esfuerzos en las que más lo merecieran y donde fuesen imposibles los auxilios. El resultado que se tocó sucesivamente, lo demuestra el siguiente resúmen de las principales posesiones perdidas y abandonadas; cuadro de tristezas

que es oportuno presentar como recuerdo y cara enseñanza:

LOCALIDADES PERDIDAS.

—La ciudad de Trípoli, adquirida en 1510 y cedida en 1530 á la órden de Malta, se perdió en 1550, teniendo guarnicion española en su castillo.

—La isla de Gelves, así como la de Querquenes, fué ocupada y perdida varias veces, siendo grandes los desastres que hubo allí en 1510 y 1560.

—La ciudad de Monastir ó Monasterio, ganada y abandonada dos veces en 1539 y 1549, volvió á ocuparse y se perdió de seguida en 1550; y casi lo mismo aconteció con Calibia y Susa.

—El castillo de la Goleta y los fuertes de la ciudad de Túnez se perdieron en 1574.

—La plaza de Bugia, ganada en 1555, se perdió en 1570.

—El castillo del Peñon de Argel, construido en 1510 para dominar aquella ciudad y puerto, se perdió en 1529, habiendo fracasado allí antes dos expediciones españolas y otras dos más considerables con posterioridad, en 1541 y 1775.

—La plaza de Orán y sus fuertes, así como Mazalquivir ó Mers-el-Kebir, ganadas en 1505 y 1508 y gloriosamente defendidas en varios sitios, se perdieron en 1708.

—El pueblo de Cazaza ó Ksasa, que existia cercano á Melilla, y que se ocupó y fortificó despues de la toma de esta plaza, se perdió en 1534, siendo completamente destruido.

—El Peñon de Velez de la Gomera, ocupado y fortificado en 1508, se perdió en 1522.

—Larache ó Abache (El-Araich), ocupado y fortificado en 1610, se perdió en 1689.

—La Mamora, ocupada y perdida por los portugueses en 1515, se volvió á ocupar por los españoles en 1614 para perderla en 1681.

—Mazagan, plaza ocupada y fortificada por los portugueses en 1506, la perdieron en 1769.

—El castillo de Agadir ó Cabo de Gue, ó Santa Cruz de Berbería, ocupado y fortalecido desde 1500 por los portugueses, lo perdieron en 1536.

—Y otro castillo, tambien llamado de Santa Cruz de Mar Pequeña, construido y defendido en 1476 por los españoles de las Islas Canarias, se perdió en 1524.

LOCALIDADES ABANDONADAS.

—Mehedia, ó ciudad de Africa, se abandonó en 1553.

—Bizerta (así como Porto-Farina), poblacion ocupada y guarnecida temporalmente varias veces, se abandonó en 1574.

—La ciudad de Bona y su castillo, ocupada en 1535, se abandonó en 1541.

—Las plazas de Orán y Mazalquivir con sus fuertes destacados, que se recuperaron en 1732, se abandonaron en 1792.

—One, ú Honey, que se ocupó en 1531, se abandonó en 1534.

—Alcázar-Seguer, tomada por los portugueses en 14... la abandonaron en 1549.

—La ciudad y plaza de Tánger, ocupada por los portugueses en 1471, despues de haber fracasado antes dos veces, fué cedida por ellos á Inglaterra en el tratado de 1661, cuya potencia la abandonó en 1683.

—Arzilla, ganada por los portugueses en 1471, la abandonaron en 1549, y aunque fué ocupada otra vez en 1578 se dejó al siguiente.

—Azamor, tomada por los portugueses en 1513, des-

pues de fracasar por lograrlo cinco años antes, fué evacuada en 1542.

—Safy, ó Asfi, tomada también por los portugueses en 1508, la abandonaron en 1541.

De tantas adquisiciones, ninguna ha conservado Portugal, y á España solo quedan las plazas de Céuta y Melilla, el Peñon de Vélez de la Gomera, que se recuperó en 1563, y el de Alhucemas, que se ocupó en 16... (ambos de ménos que problemática conveniencia), y por último, las islas Chafarinas, que se ocuparon en 1847.

No llevaron los franceses, al ir sobre Argel en 1830, otro intento que el de castigar ofensas y obtener puntos del litoral que hicieran eficaz la represion y que conviniesen para asegurar su influencia política y mercantil en el Mediterráneo; y sin embargo, pronto se vieron conducidos á pensar en el abandono total de lo ya adquirido ó en dilatar su establecimiento, prosiguiendo operaciones formales hasta para la conquista de toda la caida Regencia; empresa colosal que ha realizado con loable perseverancia en porfiadas campañas, trabajos y sacrificios que solo una gran nacion tan rica y poderosa pudo soportar, pues como los antiguos dominadores de esa misma parte de Africa, tuvieron y tienen todavía que refrenar frecuentes revueltas y sublevaciones de los indígenas, al propio tiempo que luchar para la prosperidad colonial con las dificultades inherentes á la raza pobladora y al suelo que habita.

Debemos, pues, deducir de todos los precedentes apuntados, que en nada puede pensarse sobre adquisicion territorial en Africa, ó es preciso decidirse porque sea en escala mayor en la conquista y ocupacion de extensas co-

marcas ó provincias, y por consiguiente consagrando á ello un ejército sin limitacion de fuerza ni de tiempo y sin que espanten los desembolsos. Los que recuerden bien nuestra última contienda con Marruecos y la campaña feliz que terminó en la paz de Tetuan, encontrarán la exactitud de esta proposicion, pues saben el esfuerzo nacional á que obligó, no obstante hallarse tan cercano el teatro de las operaciones, al apoyo de una gran plaza como Céuta, y sin haberse separado el ejército mas que algunos kilómetros de la costa; colijan la magnitud de las consecuencias á que nos hubiera llevado la continuacion de la guerra, y no olvidarán tampoco la extraña é inaudita complicacion que al iniciarse promovió á España la Inglaterra.

Ahora bien; cuando por tal ó cual motivo, de una ó de otra manera, la empresa se inicia y hay que proseguirla para fundar con carácter permanente el establecimiento de dominio sobre lo adquirido ó lo que se quiere adquirir, empieza á ganar importancia el criterio político, uniéndose y sobreponiéndose á veces á la accion puramente militar. Dificilísima siempre esta cuestion de conquista y de ley de vencedores, lo es mucho más atendiendo á las condiciones, á las rudas costumbres y creencias religiosas de los mahometanos de Africa; y por consiguiente, el conocimiento exacto de esas cualidades, del organismo de sus pueblos y tribus, de los móviles que los agitan, de sus necesidades y aspiraciones, servirá de base á la alta especulacion directiva, combinado con el de los recursos, intereses y propósitos que se lleven.

La necesidad y la política inducirán casi siempre, imitando á Cartago y Roma, á utilizar alguna fuerza de los naturales desde el momento en que se trate de ocupacion formal, sea por contingentes que faciliten los amigos ó que se impongan á los sometidos y tributarios, sea por enganches de gente estipendiada; pues la cooperacion de

auxiliares indígenas, en particular á caballo, se hace indispensable por muchos conceptos. Requiere, sin embargo, tanto pulso para el llamamiento como para sostenerlos y para emplearlos, sin aspirar de pronto á que se regularicen y obren de distinta manera que á su usanza; y asimismo tener sobre ellos una previsora y reservada vigilancia, porque entra en la índole movidiza de la raza y en sus creencias el propender á la desercion ó á la defeccion, tal vez en un crítico momento; hay que contar con semejante eventualidad y hay que tolerar dentro de ciertos límites otras inclinaciones y males de guerra, á cambio de satisfacer la idea política de atraccion y de los verdaderos servicios que presten.

En tiempo de los cartagineses y de los romanos hubo repetidos ejemplos de la importancia de ese auxilio dado á sus armas por los númeridas, y tambien de sus defecciones *por la natural veleidad con que faltan á la fé de los dioses y de los hombres*, segun dice Polibio; siendo de esto uno de los casos notables, el del caudillo Fameas, que despues de venir dando á Cartago eficaz apoyo bajo las órdenes de Asdrúbal en la tercera guerra púnica, á la cabeza de dos mil ginetes, le abandonó en ocasion de hallarse los romanos comprometidos en un paso difícil, precisamente cuando su presencia hubiera sido más necesaria para batirlos. En los siglos xvi y xvii asistieron muchas veces á los españoles y á los portugueses, en particular en Orán, Safy, Azamor y Agadir, innumerables ginetes de tribus aliadas, sin perjuicio de que en otras ocasiones los dejaban solos ó se convertian en terribles enemigos unidos á los que iban á asediar aquellas plazas; pero aún fué peor que eso y que el citado ejemplo del númerida Fameas, lo que aconteció en 1540 á D. Alvaro de Sande, cuando marchando con su tercio de infantería española desde Monastir á Kairuan, favoreciendo al feudatario rey de Túnez Muley-Hasén para someter sus súbditos rebel-

des, se vió de repente, á presencia de los enemigos, en el mayor conflicto, por pasarse á ellos toda la numerosa caballería tunecina que llevaba el rey; teniendo, por consecuencia, que emprender una penosa retirada de más de tres leguas, hostigado sin cesar por terreno llano, arenoso y seco, de que solo el valor y solidez de aquel puñado de infantes que mandaba, le permitieron concluir felizmente, salvando la artillería y bagajes. Y en nuestros días los franceses que han utilizado en la Argelia la ayuda y buenos servicios de los contingentes de las trébus y de los cuerpos que formaron de indígenas, hasta llevando á estos como los romanos á defender su causa á guerras lejanas, experimentaron tambien lo incierto de su fidelidad, pues hubo caso de desercion, como el de 1843, en que más de dos mil ginetes que acompañaban la columna del duque de Aumale el día que sorprendió la *Smala* (ó poblacion ambulante) de Abd-el-Kader, le abandonaron en masa instantáneamente antes de dispararse un solo tiro, apoderados de un pánico terror supersticioso; cosa que de igual modo se verificó otras veces, con la agravante circunstancia de saquear en su fuga los convoyes ó repuestos del ejército y los aduares de trébus amigas.

No debe darse, pues, á tales actos de defeccion y á otros que van unidos á las rudas costumbres africanas, el mismo valor y concepto que tendrian en un país regido por los principios de la civilizacion, porque en algo se ha de diferenciar la disciplina y la moral de las tropas regulares cristianas, de la conducta de las turbas de fanáticos mahometanos, árabes y kabilas; y por lo tanto, ni han de sorprender, ni han de influir, hasta el punto de que se renuncie á su auxilio cuando haga falta, ni tampoco inducir sus bárbaros desmanes ó felonías para tratar de imitarlos, aplicando en ellos por sistema iguales procedimientos; porque además de que seria rebajar la causa, se saldria al fin perdiendo en la destruccion del país para los

fines principales á que se aspire. En el tacto, en el carácter firme, en la vigilancia, constancia y prevision, al propio tiempo que en el duro castigo oportunamente aplicado, es en lo que se ha de basar la línea de conducta que convendrá seguir con los naturales.

Lo árduo del asunto general de la política impide señalar preceptos concretos sobre los procedimientos con que convenga ir desarrollando el ideal preconcebido, porque las circunstancias y ocasion de los sucesos ofrecerán dificultades ó facilidad para lo que mejor se juzgue aplicable; pero sí puede establecerse como principio ó norma fundamental, que mientras los enemigos sostengan con altivez la resistencia, se ha de mantener el rigor de la guerra, y que aviniéndose á transigir, admitiendo la sumision, se abra camino á la mansedumbre, suavizando las imposiciones militares con sumo tacto, observándose lealmente las ofertas, haciéndoles comprender que no se les esclaviza, que se les oyen sus lamentos y que alcanzan justicia si les asiste razon contra los jefes ó funcionarios de cualquier órden, que por arrogancia, por exagerado carácter ó excesos provocasen conflictos y justificadas quejas de los naturales. No cabe dudar que, despues del triunfo, el secreto, ó más eficaz resorte para conseguir que los vencidos acepten la dependencia que se les impone, está en la generosidad, en la rectitud y prudencia de la administracion, sin que por eso piensen decae la energía del mando: además de familiarizarse así poco á poco con el nuevo órden de cosas, se adquiere posibilidad de que los límites al territorio contengan sus hostilidades, se aproximen ó admitan comunicacion; y por último, con esa línea de conducta es como el dominio y las fundaciones de los invasores podrán lograr estabilidad que responda á elevados fines y que compense un día los gastos y sacrificios á que precisaron, en vez de ser una adquisicion onerosa é inútil á perpetuidad, no exenta tampoco de peligros. Re-

sumiendo el pensamiento, decimos: el mejor sistema para afirmar una conquista, haciéndola fructífera, consiste en *sostener el prestigio y reputacion de las armas*, al mismo tiempo que se acredite la *prudente rectitud de la administracion*.

Si, no obstante lo manifestado, fueran insuficientes los medios, ó negativos, los resultados de esa conducta, arreglada á los sanos consejos de la moral y al honor de una nacion culta, para la pacificacion del país, asentando una sincera conformidad, surge el terrible dilema de decidir entre la renuncia ó la continuacion de la guerra hasta el último extremo, obligando á la emigracion á los habitantes para conservar el territorio; decision suprema que demandaria en los altos poderes del Estado tanta reflexion como energia, cualquiera que fuese el partido que se adoptára.

En varios de los capítulos dedicados á las guerras de las antiguas dominaciones de Africa, se descubren indicios, y aún se dan noticias, acerca de lo que contribuyó el espíritu de la política empleada con los indígenas, el régimen del gobierno y del fisco á que se les sujetó, y el trato ó relaciones seguidas con los pueblos vecinos, en los resultados favorables ó adversos que alcanzaron los invasores. El paralelo entre la habilidad y tacto de Roma en los tiempos de la República y de Augusto, y las debilidades y relajacion en él de los últimos emperadores, no puede ser más significativo, y por eso se recomienda como ejemplo de aprovechamiento, no ménos que los que suministra la historia de los establecimientos de los españoles y portugueses desde el siglo xv, y los que en el presente ofrece la Francia en su conquista y colonizacion de la Argelia.

Si la lectura de esta breve compilacion histórica, con los apuntes y reminiscencias que como enseñanza experimental se han intercalado ó añadido por conclusion, satisface el intento de formar alguna doctrina militar res-

pecto á las guerras de Africa; y si se halla que contenga tambien avisos aceptables para los gobernantes sobre la prudencia, el estudio y prevision que deben guiar la política del Estado antes de aventurarse á una contienda y despues de acometida cualquiera empresa de armas, justificado quedará el pensamiento de Napoleon I, que consignamos en el prólogo, y con el cual, repitiéndolo, damos fin á nuestro libro: *En la historia es donde se encuentra la verdadera filosofía: leyendo y meditando las guerras de los grandes capitanes, es el mejor modo de aprender la guerra.*

FIN.